

Una noche, la noche que siguió al día de los funerales, en que la luz melancólica de la luna bañaba con sus plateadas ondas el bosque, la sierra y la sabana, hallábase Juan sentado en rústico banco cerca del fúnebre monumento y de pie junto á él, casi estrechándolo entre sus brazos, se veía al venerable sacerdote, confortándolo con el bálsamo consolador de su palabra encendida en el fuego de su ardiente caridad.

Después de larga plática, y cuando la resignación había caído gota á gota sobre aquel corazón lacerado, rogó Juan á Fray Alonso que lo dejara á solas un momento. Accedió el franciscano á las súplicas de Juan y se retiró á una casa próxima en que se hallaban reunidos casi todos los nuevos pobladores de Helechakán: oyó allí las pretensiones de éstos, de erigir en pueblo la deliciosa sabana del descanso y de tener por jefe al anciano Pedro Dzul, aprobó aquella decisión, y ofreció escribir á Mérida en solicitud de la licencia necesaria para fundar la nueva población y de los títulos del nuevo Caciqué, terminando por excitar á todos á que levantaran un pequeño templo en donde pudieran verificarse los oficios divinos y las prácticas de la Religión cristiana, colocándose la población y el templo bajo el patrocinio del glorioso San Francisco de Asís.

Juan Pérez de Aguilar seguía, entretan-

to, embargado por la fuerza incontrastable de su dolor junto á la tumba de su madre; y cuando se hallaba más abstraído en sus tristes meditaciones, una mano se posó blandamente sobre sus espaldas: volvió la vista sorprendido y halló junto á sí la blanca figura de María.

—¡María, exclamó, María de mi alma, esposa mía! ven, ven á llorar conmigo la muerte de nuestra madre.

—Rato hace que te espero: no haces bien en entregarte así al dolor, pasándote largas horas sin dormir ni alimentarte. Vamos, la cena te espera.

—Vamos, María, vamos; pero antes necesito que aquí, junto á la tumba de mi madre, me jures que me amas, que me amas como yo te adoro, con toda el alma, con todo el corazón.

—Español, ¿has pensado ya seriamente en lo que dices? ¿No te arrepentirás mañana de haber unido tu suerte á la de una pobre india que no puede llevarte nombre, posición social, riquezas ni honores de ninguna clase?

—Calla, María, por Dios! ¿qué estás diciendo? ¿qué me importan á mí los honores ni las riquezas? Sin mi madre y sin ti, el mundo me parecería vacío: tú eres la vida de mi vida, el alma de mi alma, tú la flor codiciada cuyo suave perfume ha de embalsamar el aire que respire, tú, en fin,

el Ángel de mi guarda, la dulce compañera que ha de ayudarme á sobrellevar la carga de la vida y el peso de mi dolor, tú la que vendrá á llorar conmigo junto á la tumba de mi madre. Ya verás: cerca de aquí edificaremos una casa modesta que pueda servir de santuario á nuestro amor...

María reclinó la frente, sollozando de alegría, sobre el pecho de Juan, y no pudo, durante largo rato, pronunciar una sola palabra. Juan enlazó con sus brazos el talle de María, estrechóla convulsivamente contra su corazón, y tomando después, con ambas manos, aquella cabeza adorada, estampó sobre sus labios un beso ardiente.... María se estremeció, apartó dulcemente á Juan y cayó de rodillas frente á la tumba que se levantaba iluminada por los rayos de la luna.

—Pues bien, exclamó, yo te juro por la memoria de mi madre y por la de la tuya, que te amo y que te amaré hasta el último instante de mi vida. Sí, Juan de mi alma, yo te amé desde el feliz momento en que te vi, por vez primera, en el camino de Campeche. Ninguna mirada antes de la tuya había logrado conmover mi corazón ni había logrado conmover mi corazón ni agitar mi alma tan dulcemente con sensaciones hasta entonces, para mí, desconocidas. Yo te amo, Juan mío, yo te adoro, y como estoy ya firmemente persuadida

de que tú también me amas, seré tu esposa.

—Gracias, María de mi alma. Este es el momento más feliz de mi vida. Vamos, vamos, quiero pedir tu mano hoy mismo á tu tío Pedro.

—Puedes hacerlo con confianza: todo se lo he revelado, y después de consultar con Fray Alonso, me ha manifestado que accedería con gusto á nuestros deseos.

Y enlazadas las manos cariñosamente, tomaron Juan y María el camino de la casa de Pedro Dzul.

En la noche del 24 de diciembre de un año que se ignora, fué inaugurado el pequeño templo de la nueva población, que fué edificado en el ángulo S. O. del hermoso bosque, concurriendo á la ceremonia muchos vecinos de los pueblos de Pocho, Pomuch, Xkalunkín y otros de la comarca. A las tres de la madrugada de ese mismo día, Fray Alonso unió para siempre, con los lazos del matrimonio, los destinos de Juan y de María, quienes fueron enteramente felices en aquel hogar levantado por la mano caprichosa del amor, en medio de la sabana deliciosa del descanso. Allí, junto á la tumba de su madre, se deslizó la vida monótona pero feliz de Juan y de María, que fueron así los primeros fundadores de la nueva población.

Han pasado ya muchos años.

El tiempo ha borrado casi todas las huellas de estos sencillos acontecimientos: el improvisado templo ha sido substituído por la actual iglesia parroquial, de sólida construcción, y las pobres casuchas y barracas primitivas por edificios de mampostería, más ó menos amplios, y por casas de palmas mejor construídas.

La pobre aldea de Helelchakán se ha convertido en la Villa de Hecelchakán, una de las poblaciones más importantes del moderno Estado de Campeche. (1)

¿Qué se hizo del hermoso bosque? ¿qué de las piedras labradas? ¿qué de los frondosos árboles que prestaban su sombra bienhechora á los fatigados caminantes? Nada de esto existe ya. Los árboles y las piedras sirvieron para la fabricación del nuevo templo y de la casa cural, que hoy existen lejos del paraje en que se edificó el templo primitivo, y por último, aun la fuente de agua cristalina, que durante tantos años calmó la sed de los viajeros, fué cegada, por orden del Ayuntamiento de la Villa, el 27 de marzo de 1874!

Sin embargo, la mano del tiempo, de suyo implacable y destructora, no ha podido lograr que desaparezca una de las

(1) El pueblo de Helelchakán fué erigido en Villa, con el distintivo de "patriota," por Orden de primero de junio de 1833.

columnas que cerraron la tumba de la madre de Juan: columna que, conservando una de las iniciales del nombre de Alfonso Pérez, la letra P, existe aún en el claustro de la Casa Cural, como única huella, como único recuerdo de la fundación de Helelchakán y de los sucesos que acabamos de narrar y constituyen el sencillo argumento de "La Realidad de un Sueño."

